

# GACETA PATRIÓTICA

DEL EJÉRCITO NACIONAL.

DEL MARTES 1.º DE FEBRERO DE 1820.

*Continúa la relacion de lo acaecido desde el dia primero de Enero en nuestra gloriosa empresa.*

**M**alogróse todo, y cómo ó porqué no puede aun asegurarse con certidumbre. Cierto es que el haberse ocupado San Fernando de dia claro contra lo anteriormente dispuesto, influyó en el malogramiento, pues el Telégrafo de Torregorda puso en arma al teniente de rey, que interinamente gobernaba á Cádiz: cierto es asimismo que los Gaditanos no correspondieron á lo que de ellos se esperaba, y que su timidez inutilizó sus buenos deseos. Ciertos es, finalmente, que aturdidos muchos con tan inesperado suceso, y no conociendo su origen, temieron que fuese un ímpetu de sedicion, y un deseo de botin el que traia hácia esta Ciudad, afamada por su antigua riqueza, á las tropas declaradas: sea como fuere, el teniente de rey desplegó una actividad, en él muy estraña, y la obra de la cortadura fue ocupada por las tropas de marina de la escuadra surta en bahía. Fortificóse esta obra, ya de suyo formidable, y presentó una barrera que hasta ahora no ha podido romper el valor de este Ejército, pero que caerá luego que sus defensores se convenzan de la injusticia de la causa que defienden, y de su debilidad en dejarse dominar por cuatro ó cinco ruines satélites de la tiranía, conocidos por su estupidez, su cobardía y sus maldades de toda especie.

Vista la resistencia de Cádiz, fué necesario situarse

en San Fernando, en donde se incorporó en el Ejército el batallón del Depósito de Ultramar, tomando el título de Veteranos nacionales.

En tanto el comandante Riego, se puso en marcha con sus cuatro batallones para el Puerto de Santa Maria, á cuya ciudad llegó en la noche del cinco despues de haber hecho publicar la Constitucion en Jerez. Aquella misma noche llegaron al Puerto salidos de su prision del castillo de San Sebastian el brigadier D. Demetrio O-Dalli, el coronel Don Felipe Arcó Agüero, nombrado gefe del Estado mayor, los comandantes de Asturias Don Santos y Don Evaristo San Miguel, el capitan comandante de Guias nacionales D. Ramon Labra, y el teniente Don Rafael Marin. Estos oficiales, conocidos y amados en el Ejército, fueron por él recibidos con demostraciones de afecto y gozo, contribuyendo mucho á avivar el entusiasmo la consideracion de que en el mismo pueblo fueron víctimas de la perfidia del Conde del Abisval.

Llegado el dia 6 se publicó la Constitucion en el Puerto, y á la noche se emprendió la marcha para S. Fernando. Fué tanta la lluvia que hizo padecer sobre manera á las tropas, y causó el estravío de algunos soldados. Con todo los que permanecieron unidos entraron en San Fernando, haciendo resonar el ayre con sus aclamaciones.

Reunidas todas las tropas, el General en gefe expresó su gratitud á las del mando de Riego, y nombró á este comandante general de la primera division. Ningun nombromiento pudo ser mas grato al Ejército, y los acaecimientos posteriores lo han ido mas y mas justificando.

Estaban ya en San Fernando siete batallones, pero faltaban otros igualmente empeñados de antemano en el proyecto, y ligados por las mas solemnes promesas á prestar su cooperacion, y la reunion de estos se esperaba por momentos. Ignoramos qué causa pudo estorbarles que se pronunciasen: fuere cual haya sido basta para los débiles que aun militan bajo las banderas de la tiranía la consideracion de la conducta observada por el escuadron y

brigada de artillería y batallón de Canarias.

Hallábase la artillería en Osuna, y Canarias en Fuentes, puntos ambos de entre cuantos ocupaba el Ejército los mas distantes del centro de las operaciones. Esta causa y el tener alrededor de sí cuerpos aun no declarados, no les impidieron decidirse. En la mañana del 4 rompió la artillería en Osuna, marchó sobre Fuentes, puso en arresto al primer comandante de Canarias y á varios capitanes, auxiliándoles en esta operacion el segundo comandante del mismo Don Francisco Diez Bermudo, y varios dignos oficiales; y reuniendo las tropas emprendieron todos juntos su marcha con direccion á los puntos ocupados por las armas nacionales. La incesante y abundantísima lluvia que cayó en aquellos dias, las marchas extravaiadas que tuvieron que hacer, y otras circunstancias desagradables al paso que hicieron padecer á estos valientes toda clase de fatigas, probaron su bizarría y teson. Entraron por fin en San Fernando el 10 por la mañana, mandando la columna el teniente coronel D. Jacobo Gil de Avalle, porque el coronel D. Miguel Lopez de Baños, se habia adelantado y se hallaba reunido al Ejército. Es de lamentar el extravio de muchos soldados que hubieron de ceder al cansancio á pesar de su buen espíritu. Fué sumo el júbilo del Ejército á la entrada de este refuerzo corto en número, pero importante porque proporcionaba escelentes oficiales facultativos.

Para reunir los que habian quedado atras comisionó el General en gefe al comandante general de la division Don Rafael del Riego, quien con una columna de mil y doscientos hombres compuesta del batallón de la Corona y de varias compañías de Asturias, Sevilla y Aragon, salió para la villa de Puerto Real, y noticioso de que en la ciudad del Puerto de Santa Maria habia alguna fuerza de caballería dispuesta á sostener la causa del despotismo, voló allí con sus bravos, y con solo presentarse la puso en huida.

Habia en tanto llegado á San Fernando una proclama

del comandante general del campo de Gibraltar Don José O-Donell, digna produccion de un satélite de la tiranía, llena de necias amenazas y atroces injurias contra las tropas declaradas. Hirviendo en noble indignacion nuestros valientes anhelaban el momento de dar á O-Donell la respuesta con sus espadas, y en su busca marchó Riego hasta Medina, pero no pudo alcanzarle, y fué llamado á San Fernando para otras operaciones.

Era tiempo de pensar en ellas, porque ya se habia redondeado la posicion de la Isla con la toma del arsenal de la Carraca, egecutada con suma felicidad, y propia para dar á conocer á un tiempo el valor de los soldados de la nacion, y la opinion valiente de las tropas que siguen las banderas del despotismo.

Estaba la Carraca fortificada contra un golpe de mano. Defendíanla quinientos hombres de los batallones de Soria, Valencey y Lealtad, con fuertes baterías, dos lanchas cañoneras, un navío de guerra armado y situado en el caño que separa dicho arsenal de la Isla Gaditana. Para atacar y espugnar una posicion tan respetable iban solo unos cuatrocientos hombres de Asturias, Aragon y Guias, sin mas armas que sus fusiles, y teniendo que efectuar un desembarco, empresa dificil á la frente de un enemigo fortificado. Los mandaba el bizarro teniente coronel Don Lorenzo García, nombrado primer comandante del batallon de Aragon, compañero de prision con el General en jefe, y por la misma causa, y venido con él y con los batallones que entraron en San Fernando.

Embarcados estos valientes y amparados por la obscuridad de la noche, acercánse á la Carraca, son sentidos, oyen salir de las lanchas la voz de «fuego» pero siguen impávidos, reconviniendo el mismo García á los de las lanchas en términos amistosos, y espresándoles que venian como hermanos á libertarlos, y mientras ellos titubean alzan el grito de «viva España.» Suspensos con esta voz los de adentro ni resisten ni se declaran, y los mismos vecinos de la Carraca acuden á ayudar á los nuestros

á echar pie á tierra. El primero que desembarcó fué el capitán de Guías nacionales Don Felix Combé, quien se abalanzó á la batería, cogió y echó al suelo la mecha encendida, y tropezando con un destacamento de Soria con admirable viveza y presencia de ánimo abrazó al que lo mandaba, y sin darle tiempo de volver en sí hizo que le siguiese con sus soldados. Estaba la Carraca tomada y el General encargado de su defensa dormía aun tranquilo. Los cañonazos con que celebraron los vencedores su victoria fueron los únicos disparados en esta expedición. Navío, lanchas, todo cayó en poder de los nuestros. De la oficialidad de marina que guarnecía estos buques parte se retiró, parte se quedó, y de los últimos se dió pasaporte para irse á Cádiz á cuantos lo solicitaron, siendo uno de ellos el General gobernador del puerto Don Juan Darrac. Con los soldados que allí se hallaban y que voluntariamente se unieron á la causa de la libertad, se formaron dos batallones, conservando el nombre de Soria y Valencey, y ademas se agregaron otros á varios batallones del Ejército. De los oficiales hubo algunos que se restituyeron á Cádiz, dándoseles para ello el correspondiente pasaporte, y otros tomaron nuestro partido. Pasemos en silencio la infame conducta de algunos de estos últimos que han vuelto con bajeza á abrazar la mala causa, digna de semejantes defensores.

*Se continuará.*

*Señores editores de la gaceta patriótica del Ejército nacional.*

Muy Sres. míos.—Suplico á vds. que inserten en su periódico la adjunta manifestacion que hace á mis conciudadanos una persona muy conocida en España, por haber sido una de las víctimas contra quienes mas se encarnizó el despotismo.—Queda de vds. afectísimo amigo y servidor.—Pablo Lopez (conocido por el cojo de Málaga.)

Españoles mis amados compatriotas: mi nombre de-

he seros conocido: las circunstancias le han dado una celebridad para mí demasiado funesta. Sabeis que en los años de nuestra lucha contra el invasor que intentaba privar á la nacion de su independendia política, fueron grandes los sacrificios que hice por la causa de la patria y del Rey entónces identificadas. Sabeis que cuando se formaron en España los célebres partidos de liberales y serviles, adherí al primero porque juzgué que era el de la razon y el de la justicia, y que en seguirle no hice mas que obedecer al gobierno que mandaba á nombre del mismo Rey. Sabeis que á pesar de mi ardiente patriotismo me ví hecho blanco de muchas y graves acusaciones en el año de 1814, época en que el furor de los partidos todo lo desfiguraba y todo lo confundia. Tal vez habreis leído el manifiesto que en aquella época hice á la nacion para demostrar que no era yo cual querian pintar un malvado factor de sediciones, sino un hombre que habia consagrado á su patria sus escasos recursos, á pesar de que su mala suerte le afligia hasta el punto de ser inhabil por su dolencia para servir con las armas. Sabeis que en la fatal época del triunfo de la tiranía, mal informado el Rey y enconado contra mí, me señaló, no obstante mi poca importancia, como objeto de su indignacion. Fuí atropellado, preso, vejado y hasta condenado á morir en un afrentoso suplicio: pasé los horrores de la agonía, y el acto de generosidad conmigo ejercido fué el de perdonar la vida á un inocente para hacersela arrastrar en el oprobio y trabajos de un presidio. Me tocó venir al de la Carraca, en donde he yacido cuatro años. Mucho padecí en él, pero mucho debo á algunas personas que compadecidas de mí, aliviaron mi suerte y la hicieron tolerable, si cabia serlo.

En esta situacion me hallaba en la noche del 12 al 13 de Enero cuando llegó á mis oidos la voz de «viva la nacion» aquella voz que yo tantas veces habia pronunciado, y que en mi mayor abatimiento no desesperé oír sonar de nuevo. Ya sabia yo que se hallaba en San

Fernando el Ejército nacional, compuesto de valientes defensores de los derechos de la nación que se habían alzado para restablecer en ella el imperio de la ley y de la justicia, pero nunca creí que sin sentirlo penetrasen hasta la fortaleza que me servía de prision. Amados compatriotas, juzgad como me conmoviera en aquel momento, y mas cuando supe que el primer cuidado de estos patriotas, ocupado ya el punto fue preguntar por mí para volverme la libertad. Bendije mis cadenas, y me deleité en recordar mis trabajos. Desde entónces acá me hallo en medio del campamento de estos héroes de la libertad, quienes me honran con mil demostraciones de aprecio. Con ellos vivo; observo sus pasos, y noto sus acciones. ¿Y es posible que la calumnia las desfigure? Sí lo es, que si así no fuera no habria ya un solo español defendiendo el despotismo.

Compatriotas, yo os hablo con franqueza y verdad: nunca en pueblo alguno se representó espectáculo mas brillante que el de que es hoy teatro esta ciudad. Aquí se ven militares patriotas y generosos que para sí nada apetecen mas que la gloria de dar libertad á su patria: militares que respetan al ciudadano pacífico, en vez de oprimirle ó despreciarle: aquí se ven soldados que siguen sus banderas, y sus gefes por eleccion tanto como por la fuerza de la disciplina: soldados hablando de los derechos del pueblo y resueltos á sostenerlos: aquí se ven oficiales que aman al soldado y le tratan como á hermano, sabiendo con todo hacerse obedecer y respetar: aquí se ve la alegría y la tranquilidad en medio de la guerra: aquí se lee en los semblantes la resolucion de no abandonar la empresa mientras duren las vidas de sus sostenedores: aquí se ha visto un puñado de hombres libres y bravos peleando no solo con valor sino con entusiasmo, hacer huir triple número de caballería escogida: aquí hay union, aquí hay patria porque cuantos aquí viven la conocen y la respetan.

Esto hay aquí, muy amados compatriotas, y testi-

gos son de ello los pueblos que nos rodean. Ellos al ver pelear nuestros valientes, los alentaban victoreándolos y aclamando la misma causa, prueba de que conocen cuales son sus intentos y su conducta.

Espanoles ¿y por qué no os unís á ellos? El gobierno que rige á España desde 1814 ¿qué bien os ha hecho? ¿qué honor han recibido de él nuestras armas, qué lustre nuestra religion, nuestro suelo qué mejoras, qué fomento la industria, ó qué proteccion el comercio? ¿Cabe una suerte peor que la que padece España, pobre, oprimida adentro y despreciada de los estraños? Y qué ¿deseais que siga ese estado? ¿os agrada ser infelices? ¿al mismo Rey le conviene arruinar su pueblo, cuya fuerza es la suya? No compatriotas, no; á nadie trae ventajas que siga el desórden: todos quieren la victoria de la justa causa; ¿pero por qué os contentais con buenos deseos á favor del Egército nacional? Direis que temeis; ¿y á quienes si el temor es general?

Oid la voz de la patria, espanoles: mirad por vosotros mismos. Que no se vea la sangre española derramada por mano de espanoles. Unid vuestras voluntades. Lo que el Egército desea es el bien de todos: así os lo asegura un veterano de la libertad. = *Pablo Lopez.*

---

San Fernando 31 de Enero. = Ha llegado á esta ciudad habrá tres dias el coronel Don Nicolás Santiago Rotalde, que habiendo procurado, aunque en vano, enarbolar en Cádiz la bandera de la libertad, tuvo que refugiarse á este egército, perseguido y puesta su persona á precio por el gobernador. Es de notar que en los dias que siguieron al infructuoso movimiento empezado en Cadiz en la noche del 24 del corriente, este patriota tuvo que buscar asilo contra la persecucion en la Iglesia de San José, extramuros de aquella ciudad, en donde su párroco lo acogió, con aquella caridad verdadera divisa del cristiano; pero el Ilmo. Obispo de Cádiz, sabedor de esto, ordenó al cura que inmediatamente entregase el coronel Santiago á sus enemigos: ¡conducta estraña en una persona cuyas virtudes ostentosas han deslumbrado hasta ahora al público! ¡conducta impropia del ministro de un Dios de paz, cuyo primer precepto corroborado por su egemplo, fue perdonar á sus enemigos!